

CAPITULO III.

Primeros frutos de la mision del Chablais en medio de nuevos obstáculos.

(De 1595 á 1596.)

Establecido Francisco de Sales en Thonon, sin preocuparse ni de las calumnias de los herejes ni de sus proyectos homicidas, no pensó mas que en llenar los deberes de celo y caridad que son propios de un buen pastor. Predicaba casi todos los dias; á toda hora oia las confesiones de los que se le presentaban; visitaba á los pobres y á los enfermos; se informaba de las necesidades espirituales y corporales de todos; consolaba á los afligidos con palabras llenas de caridad y de tierna compasion; socorria á los necesitados con abundantes limosnas, dando todo lo que no le era absolutamente necesario para el vestido y el alimento; y cuando ya no le quedaba nada recurria á su madre, que le enviaba cuanto podia disponer (1).

El espectáculo de una vida tan apostólica fué para los protestantes la mas elocuente predicacion. Varios de ellos reconocieron en estos rasgos el hombre de Dios, el ministro de la verdadera religion, y considerando una dicha vivir bajo el báculo de tan digno pastor, entraron en el redil de la Iglesia católica. Estos triunfos del apóstol irritaron á los herejes, amenazando con su venganza á los recién convertidos, y tratando tan severamente á algunos que los obligaron á espatriarse. El buen pastor no los abandonó en esta afliccion, abriéndoles un asilo donde menos lo podian esperar. El Señor de Boisy, comprendiendo por fin que una empresa tan visiblemente bendecida de lo alto venia de Dios, y celoso por concurrir él mismo á la buena obra,

(1) Carlos Aug., p. 98.

acababa de poner á su disposicion el castillo de Sales para servir de refugio á los recién convertidos, á quienes el furor de los herejes obligaba á espatriarse. Francisco envió á él á los pobres desterrados, víctimas de la intolerancia protestante, y la Señora de Boisy los acogió con toda la ternura de la caridad cristiana, proveyó á sus necesidades temporales y espirituales, velando porque cada uno tuviera lo necesario é instruyéndolos al mismo tiempo en la religion católica, que conocian aún muy imperfectamente.

Era una cosa muy estraña que no pudieran hacerse católicos sin ser objeto de la persecucion, en un pais gobernado por magistrados establecidos por el mismo Duque de Saboya, que no cesaba de prometer á la mision su proteccion y su apoyo. Estos depositarios del poder tenian una triste indiferencia hácia la obra del santo apóstol, abandonándole á sus propias fuerzas y dejando entera licencia á la herejía. Francisco no se desconcertaba por eso, y contando mas con Dios á proporcion que encontraba menos apoyo en los hombres, continuó su obra con una alegre confianza. Así nos lo revela una carta de su santo amigo, el senador Favre. «He sabido, le escribe »este (1), que vuestras victorias sobre los herejes son cada »dia mas numerosas y mas señaladas. Me alegro con toda »mi alma por la religion y por vos..... Tengo un placer en »ver, por vuestras cartas, que no perdeis nada de vuestro »primer ardor, y que todo lo poneis en obra para el buen »éxito de vuestra empresa, de suerte que si no termina felizmente (lo que Dios no permita), no se podrá culparos »ni de falta de valor, ni de habilidad. Suceda lo que quiera, tendreis por testigos y admiradores á los mismos que »no os han favorecido, y por remunerador á nuestro buen »Dios, que no apreciará vuestros trabajos por los frutos »que se hayan recogido, sino por los que hubieran podido »y debido obtenerse sin la malicia de los hombres.»

(1) Carta XII.

Este gran valor, que hacia á Francisco de Sales superior á todos los obstáculos, tenia su fuente principal en el santo sacrificio de la Misa; de allí era de donde sacaba todas las mañanas nuevas fuerzas. Por eso no dejaba de ofrecerle todos los dias; y como no podia hacerlo aun en Thonon, atravesaba todas las mañanas el rio Drance para ir á celebrar á la iglesia de San Estéban, cerca de la ciudad de Marin, en la que el culto católico se habia conservado. Pero habiendo sido arrastrado en el mes de enero de 1596 un arco del puente construido sobre aquel rio, por la extraordinaria crecida de las aguas á causa de las nieves, no tenia otro medio de pasar que una ancha tabla de madera, puesta provisionalmente de un arco á otro, para uso de los transeuntes: esta dificultad no le detuvo, y continuó yendo todos los dias á Marin. Poco despues, habiendo nevado de nuevo y habiendo hecho un frio muy penetrante, la tabla se encontró de tal suerte cubierta de escarchas que no se podia pasar sin peligro evidente de la vida: esta dificultad tan grave, no lo detuvo tampoco. En vano le espusieron que valia mas abstenerse de decir Misa por algun tiempo, que esponer su vida en un paso tan peligroso; la importancia que daba á la ofrenda del santo Sacrificio, el deseo de convertir algunos herejes de Marin y de alentar á los que ya estaban convertidos, pudo mas en su espíritu que toda otra consideracion. Todos los dias se le veia pasar arrastrándose, y ayudado de sus manos y de sus pies, la tabla helada debajo de la cual habia precipicios horribles, y pasarla de nuevo á la vuelta con esa intrepidez tranquila y humilde que inspira un amor mas fuerte que la muerte.» (1)

Perseveró en este viaje diario á Marin, hasta tanto que pusieron á su disposicion la capilla de los religiosos de San Bernardo de Montjou, situada cerca del lago, al pie de Thonon. Contento con este nuevo santuario, celebraba allí ordinariamente el santo Sacrificio, al cual asistian

(1) Carlos Aug., p. 98.

quince ó diez y seis católicos; allí rezaba su oficio, hacia sus meditaciones, y permanecia en oracion delante del tabernáculo varias horas al dia. Otras veces, sin embargo, iba á decir la Misa al castillo de los Allinges, para tener ocasion de ver y sostener en sus buenas disposiciones á los valientes militares que estaban en él de guarnicion. De allí bajaba á la iglesia parroquial, situada al pie de la colina, y en ella predicaba, confesaba, daba la Comunión con la reserva (1) debida en aquellos parajes, no pudiendo decir Misa por falta de ornamentos y de vasos sagrados. Un dia que llenaba estas diversas funciones, un buen anciano que habia comulgado por la mañana y gustado la dulzura unida á esta aproximacion inefable del Criador con su criatura, se presentó de nuevo á la santa mesa para participar otra vez de las delicias sagradas que le habian hecho tan feliz. «Amigo mio, le dijo el santo, ¿no os he dado ya la Comunión? Retiraos, no se puede comulgar dos veces en un mismo dia.—Ah! padre mio, respondió el anciano, puesto que Dios está ahí, os ruego que me le deis otra vez; ¡es uno tan feliz en su compañía!» Francisco, admirado de tanta serenidad, le dijo: «Idos ahora, amigo mio, pero volved mañana, os prometo que os lo daré otra vez.» El anciano, consolado, fué fiel á la cita, y tuvo la dicha de volver á recibir á su Dios (2).

A veces asistia á esta iglesia poca gente á aprovecharse de su ministerio; pero su interés era el mismo que si hubiera una gran concurrencia. Un dia, en que no se encontraban mas que siete personas para el sermón, le espusieron que no debia tomarse el trabajo de predicar para tan pocos oyentes. «Tan obligado estoy á instruir, respondió, á un pequeño rebaño como á uno grande, y aunque no hubiera mas que una persona que pudiera aprovecharse de él, sería suficiente para obligarme á pre-

(1) Se llama *reserva* las hostias consagradas que se conservan en el tabernáculo.

(2) De Cambis, p. 155.

»dicar.» Predicó en efecto, y tomó por asunto de su discurso la invocacion de los santos, con el culto de las reliquias é imágenes. Estando hablando y estableciendo sólidamente la verdadera doctrina sobre esta materia, y haciendo desaparecer con esplicaciones claras las objeciones de los herejes, de repente uno de los oyentes, el procurador de Thonon, recientemente-convertido á la fe católica, prorrumpe en suspiros y sollozos, y exhala dolorosos gemidos como de un hombre deshecho en llanto. Francisco, que en aquel momento hablaba el sencillo lenguaje de la instruccion familiar, sin decir nada que fuera propio para conmovier y hacer derramar lágrimas, no pudo imaginar fuera otra la causa de semejante escena, sino que aquel hombre se habia puesto malo. Se detuvo, ofreciéndose á auxiliarle si lo necesitaba, y á suspender la instruccion. «No, padre mio, contestó el procurador, continuad, »os ruego, predicando: vuestro sermon es precisamente el »remedio que necesito.» Apenas hubo acabado el discurso, fué aquel hombre á arrojarse á los pies del Santo, clamando en alta voz: «Señor Prepósito, señor Prepósito, me habeis vuelto la vida; hoy habeis salvado mi alma. ¡Bendita »sea la hora en que os he oido! Esta hora me valdrá una »eternidad.» Contó en seguida ante todos los oyentes, que habiéndole hecho creer un ministro protestante que el culto de los santos era una idolatría, se habia comprometido á abjurar por segunda vez el catolicismo el jueves siguiente; que yendo á la iglesia cuando oyó tocar al sermon, y no encontrando mas que algunos pobres aldeanos, habia dicho en su corazon: «Si el señor Prepósito, predica »sólo por Dios, no dejará de dar su instruccion, pero si »predica por su propia gloria, desdeñará tan pequeño »auditorio, y no predicará, lo que me probará que no es mas »que un charlatan, que sólo enseña mentiras; que habia »quedado muy edificado por consiguiente de verle predicar »con el mismo celo que si hubiera tenido el mas brillante »auditorio; que esta instruccion le habia desengañado completamente; que detestaba con todo su corazon su com-

»promiso con el ministro, y protestaba obediencia y sumision perfecta á la Iglesia romana.....» Rasgo admirable, que el Santo tenia gusto en contar despues, para demostrar que no se debe dejar de predicar por pequeño que sea el número de los oyentes (1).

La noticia de este acontecimiento, estendida bien pronto por los alrededores, no contribuyó poco á disponer los corazones á la conversion, y el Prepósito, para secundar este movimiento, recorrió las ciudades y las aldeas, predicando hasta tres ó cuatro veces al dia con trabajos y fatigas inauditas. Lejos de descansar á la vuelta, consagraba una parte de la noche, primero á instruir y á confesar á los que no se atrevian ó no podian ir á hacerlo en otro tiempo, y luego á preparar sus instrucciones, cuyo plan é ideas principales escribia siempre, lo que ocupaba por lo menos tres horas de estudio. Tantos trabajos destruyeron de tal modo su naturaleza, que con frecuencia sucumbia, no pudiendo mas. «En mi presencia, dice un testigo ocular (2), el sueño le acometia á veces con tanta fuerza, aun »andando, que una vez se vió obligado á acostarse en el »suelo bajo un arbol, para tomar un poco de reposo.» Este celo infatigable, sostenido por un santidad mas admirable aún, hizo se disiparan las prevenciones que tenian contra él; le estimaban, mostrándose dispuestos á escucharle, tanto en público como en particular; y la benevolencia llegó hasta el punto, de que pudo ir á predicar varias veces subido sobre una silla, en medio del mercado mismo de Thonon: allí, hablando durante dos horas enteras, desenvolvía las pruebas de la fe con tanto fervor é interés, que todo el pueblo suspendia la venta, y escuchaba con profundo silencio. Concluido el sermon, unos tomaban la resolucion de hacerse católicos, otros, vacilantes en su creencia, exclamaban: ¡Ah! ¡Dios nos haga conocer la verdad!

(1) Año de la Visitacion, 26 diciembre.—*Espiritu de San Francisco*, part. II, sec. XXXVIII.

(2) Dep. de Marignier.

Entre todas las funciones del ministerio á que se entregaba este digno pastor, habia una, especialmente amada de su corazon, y era la administracion de la sagrada Eucaristía á los enfermos que no podian ir á recibirla en la iglesia. Como la prudencia no le permitia llevarla públicamente, la encerraba en una caja de plata que habia mandado hacer con este intento, suspendia esta caja de su cuello con cadenas del mismo metal, se envolvia en su capa, y se dirigia á la habitacion del enfermo con un aire grave, un semblante serio, sin saludar á nadie, todo ocupado de su Dios y de su Salvador que tenia la dicha de llevar. Entonces, el fuego sagrado que abrasaba su corazon durante este santo ministerio se manifestaba en su rostro, que se veia inflamado como el de un querubin (1), costándole trabajo contener sus lágrimas. «¡Oh, Salvador mio! »decia, reinad en medio de vuestros enemigos: *Domine, in medio inimicorum tuorum.*» (2) Otras veces el amor ponía en su boca estas palabras, que con tanta frecuencia ha repetido despues en semejante ocasion: «Mi amado es mio, »y descansa en mi seno: el gorrion encuentra un lugar que »le sirve de asilo, y la tórtola un nido para sus hijuelos. »¡Oh reina del cielo! ¡Oh casta tortolilla! ¿Cómo es que »vuestro divino Hijo ha escogido mi pecho para lugar de »su descanso?» Era para él una pena grande el verse obligado á ocultar á las miradas este sacramento del amor divino; pero para suplir en cuanto le era posible el culto público que no podia rendirle, habia prevenido á los fieles que, cuando lo vieran andar gravemente envuelto en su capa y sin saludar á nadie, era señal de que llevaba al Dios de majestad, y que entonces debian dejarlo todo y seguirle de lejos, sin dar que sospechar nada á los herejes (3). Lo hacian así en efecto, y se dirigian á la casa del enfermo, donde, dando un libre vuelo á su piedad, ofrecian fervoro-

(1) Dep. de Claudio Marin.

(2) Ps. CIX.

(3) Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal.

sos homenajes á Jesucristo en el ministerio de su amor (1). Habiendo un dia el procurador fiscal, Claudio Marin, encontrado al santo apóstol que llevaba así el Viático, y no habiéndolo comprendido en la señal indicada, se le acercó para hablarle de negocios importantes que tenia que tratar con el. «Llevo al Rey de los reyes y al Señor de los señores, le dijo al punto en voz baja y con un aire profundamente religioso; otra vez hablaremos de negocios; os suplico os retireis ahora, y no deis á entender que me acompañais.» (2)

Tantos trabajos obtuvieron nuevos frutos, y Francisco, que en la Cuaresma del año precedente habia tenido muy pocos oyentes, en la de este año (1596) tuvo un auditorio mas numeroso. «Un campo mas vasto y mas consolador, »escribia entonces á su amigo el senador Favre (3), se »abre ante nosotros para la mision cristiana en la cual trabajamos; poco faltó ayer para que el baron de Auvilly y »los síndicos de la ciudad vinieran á mi sermon, porque, »informados de que debia predicar sobre la Eucaristía, ardián en el deseo de oir las razones de los católicos sobre »este misterio; pero los que no se han atrevido á venir públicamente con motivo de la ley que se habian impuesto, »me han oido desde un lugar secreto.» El santo misionero, aprovechándose de esta disposicion de los espíritus, creyó deber provocar á los ministros del pais á una conferencia pública, con el fin de que si rehusaban entrar en liza, todo el mundo quedase convencido de que ellos conocian su debilidad; y en su consecuencia anunció que en el sermon siguiente probaria, por medio de las sagradas Escrituras, la verdad de la doctrina católica con tal evidencia, que desafiaba á todos sus adversarios á que pudieran, despues de haberle oido, dejar de confesar que habian estado hasta entonces en un grosero error.

(1) Dep. de Dunon.

(2) Carlos Aug., p. 97.

(3) Carta XIII.

El ministro que residia entonces en Thonon era Luis Viset, hombre mas artificioso que sabio, y cuyo principal talento consistia en el arte de engañar á las almas sencillas y confiadas. En lugar de responder al reto público del Prepósito, encontró mas fácil hablar con un soberano desprecio de sus sermones, declamando contra ellos tanto en público como en particular. «Desconfiad, decia, de su »vana ostentacion de ciencia; no es mas que un sofista, y »su único mérito consiste en conocer bien las figuras de la »retórica.—¿Pero por qué, le respondieron, no le confundís »refutando sus razones? Asegura altamente que sus pruebas son invencibles, y que desafia á que se oponga á ellas »nada razonable; se jacta de que ningun ministro se atreve »á entrar en conferencia con él, y de todo esto deduce que »conoceis que vuestra causa es mala. Si no podeis defenderos, no queremos ya creerlos; vuestro silencio os acusa de »que sois un doctor de error y de mentira: estais perdido »si retrocedeis.» El ministro, picado en lo mas vivo por estos discursos que repetian todas las bocas, y no sabiendo qué partido tomar, convocó una asamblea general de los ministros del Chablais y del pais de Vaud, para determinar lo que convendria hacer en unas circunstancias tan críticas. El resultado de la deliberacion fué que era necesario probar de intimidar á este defensor del papismo, proponiéndole una conferencia pública, donde tendria que habérselas él solo con todos los ministros reunidos. Pero cual no fué su admiracion cuando el ministro diputado para llevar este reto al Prepósito, fué á decirles que habia acogido la proposicion con alegría, como la mas agradable de las noticias, de tal suerte que se habia visto precisado á comprometerse inmediatamente á la conferencia y á determinar el lugar y el dia en que habia de verificarse. Conducidos á este extremo, tuvieron varias asambleas para arreglar las materias de que tratarian en la disputa. Se quiso empezar por la profesion de fe, es decir por la declaracion de los puntos de doctrina, cuya creencia miraban como necesaria para la salvacion; porque esperaban que

esta sería la primera peticion que haria el Prepósito, y no habia medio de tergiversar en esta cuestion; pero cuando se trató de precisar los artículos de la fe no pudieron ponerse de acuerdo, pues lo que los unos creian era desechado por los otros y habia tantas opiniones como ministros, siendo preciso renunciar á hacer una profesion de fe comun.

Esta esterilidad de sus esfuerzos para entenderse los desconcertó, y hubieran querido separarse, abandonando la controversia pública; pero el Baron de Avully, que era el baluarte principal del protestantismo en esta provincia y asistia á sus conferencias, se opuso á su partida, dando la mayor importancia á que la controversia propuesta tuviese lugar. Este señor, hombre de gran talento, habia estudiado por sí mismo las materias de religion en los libros heréticos, y se habia afirmado aún mas en el error por medio de frecuentes conferencias con los ministros de Ginebra y de Berna, que le habian llenado de prevenciones contra la Iglesia romana, cuya doctrina le habian presentado como un conjunto de absurdos. Pero habiendo estas prevenciones empezado á disminuir con el primer sermón del Prepósito, que habia oido en Annecy, se fueron debilitando mas y mas á medida que habia ido por un lado conociendo mas al hombre de Dios, y presenciado por el otro la impotencia de los ministros en responderle, por lo cual deseaba ardientemente la conferencia pública, para poder conocer por fin la verdad claramente: de ahí su insistencia en obligar á los ministros á cumplir su palabra. En el dia fijado toda la ciudad acudió al lugar de la controversia, llevada de una viva curiosidad. Francisco fué puntual á la cita: no sucedió lo mismo á los ministros; la hora designada habia sonado ya, y ninguno de ellos habia parecido. En fin, despues de haberse hecho esperar largo tiempo, Viret se presenta solo; toma la palabra: toda la asamblea queda en suspenso, creyendo que va á entablar la discusion, pero con gran disgusto de todos declara en su nombre y en el de sus colegas, que despues de haber deliberado maduramente, no creia oportuno emprender un negocio tan grave

sin tener antes la autorizacion del Duque de Saboya. Al oír tan triste excusa el Preósito, no pudiendo menos de sonreír, respondió que evidentemente los ministros querían eludir la contienda, puesto que recurrían á tan frívolo pretesto; que el consentimiento del Duque de Saboya para esta conferencia no podía ser dudoso para nadie, pero que por lo demás, puesto que lo exigían, lo tendrían dentro de pocos días.

En efecto, fué á buscar al Baron de Hermance, que le entregó un auto escrito de su mano y sellado con su sello, por el cual, en calidad de gobernador de la provincia, daba á los ministros pleno poder para celebrar conferencia y discutir públicamente sobre la religion con los sacerdotes católicos. No pudiendo ya alegar este pretesto, los ministros inventaron otros nuevos; el Preósito demostró cuán frívolos eran, y por toda respuesta se volvieron á su casa, dejando al ministro Viret solo con la comision de presentar sus excusas (1).

Nadie fué víctima de este engaño; todos comprendieron que los ministros no se sentían con fuerza para entrar en liza con el atleta de la fe romana, lo que afirmó á los católicos en su creencia, hizo ruborizar á los herejes de la cobardía de sus gefes, inspiró mejor opinion de la verdadera doctrina, y dispuso los espíritus á abrazarla. Varios pidieron al santo apóstol conferencias particulares sobre la religion, y se prestó á ellas con gusto, estimando estas conversaciones particulares incomparablemente mas útiles para la conversion que las controversias públicas. «En estas,» decía, se acaloran los ánimos por una parte, y por otra, «aun cuando se consiga confundir á la herejía, el único» fruto de su confusion es una acritud, un despecho que «se levanta en el corazón y hace su conversion mas difícil;» por el contrario, en la conferencia particular y secreta, no «teniendo el amor propio nada que sufrir con la derrota, se» obra mas eficazmente en el alma.» Había en efecto muy

(1) Carlos Aug., p. 100.—De Cambis, t. I, p. 193.

pocos sobre los que no triunfara en estas entrevistas privadas, aclarando con bondad todas sus dudas, resolviendo con precision todas sus dificultades (1), esponiendo las bellezas de la fe mas bien que discutiendo sus objeciones, y hablándoles no como un adversario que se preocupa mas de la victoria que de la verdad, ó que está mas celoso de justificar su razonamiento que de persuadir su creencia, sino como un amigo, como un padre, únicamente preocupado de su dicha (2). En el número de los que le visitaban tuvo la felicidad de contarse una señora de avanzada edad, que iba hasta tres veces al día á repetir, en largas sesiones, las mismas dificultades que anegaba en un flujo interminable de palabras; y siempre Francisco le hacia la acogida mas amable, dejándola hablar todo lo que queria, y respondía á todo, sin demostrar ni impaciencia ni mal humor por sus eternas repeticiones; en fin, la condujo al punto que no le quedaba mas que una dificultad en el espíritu, la del celibato de los sacerdotes. En vano le esponía las escelentes razones de este punto de disciplina; siempre replicaba sin querer entender nada: «Podeis decir» cuanto queráis, pero es una tiranía odiosa la de la Iglesia romana al imponer un yugo tan duro á sus Ministros.— «Pero en fin, añadió el santo apóstol, si los sacerdotes tuvieran familia, ¿como tendrían tiempo de dar al público los» servicios que reclama su ministerio? Yo mismo, señora, «si estuviera casado, encargado del cuidado temporal de» una casa, deudor de mi tiempo á una mujer y unos hijos, ¿hubiera podido recibir con tanta frecuencia vuestras» visitas y emplear cada vez tan largo tiempo en resolver «vuestras dificultades?» Esto fué para la señora como un rayo de luz; esta razon triunfó de su obstinacion; reconoció la utilidad del celibato eclesiástico y abjuró sus errores (3).

(1) De Cambis, t. I, p. 172.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. III, sec. XVI y XVII.

(3) El P. la Riviere, p. 176 y 177.